

El País de las Maravillas



[Sofía Montenegro](#) | 7/2/2014
[@Montesof](#)

Mientras nos precipitamos en el abismo de una nueva dictadura, es imperativo definir y apostar por una utopía deseable y posible: el restablecimiento de una democracia electoral y un estado de derecho para poder sentar las bases de una democracia de ciudadanos.

Algunos puntos sobre las íes



Foto: Abrazo de camaradas. Daniel Ortega y Fidel Castro en una reunión privada tras la Cumbre de la CELAC, en La Habana. EFE.

Las recientes elecciones en Costa Rica y El Salvador, la Cumbre del CELAC en La Habana, las violentas diatribas contra la libertad de expresión y los derechos de las mujeres de Rafael Correa de Ecuador y la instalación de un reyezuelo en Nicaragua, con las reformas a la Constitución ordenadas por Daniel Ortega, han hecho revivir polarizaciones y confusiones ideológicas que se creían enfriadas, ya que no superadas. Leyendo sobre los debates y campañas electorales en los países vecinos, una cae en cuenta que los discursos de guerra fría y estereotipos de “derecha-izquierda” están activos y algo tiene que estar profundamente mal y equivocado cuando tipejos como Ortega y un ególatra conservador como Rafael Correa se presentan como “revolucionarios”, para hablar de unos mandatarios latinoamericanos que van en tropel a rendirle pleitesía al padre del “socialismo” cubano.

Realmente alarma la ignorancia histórica, la ausencia de espíritu crítico, la polarización del debate y la falta de escrúpulos y civilidad de quienes se dicen dirigentes, para no hablar de los seguidores. ¿Cómo es que nos hemos encharcado en estos enredos? No sé si servirá para esclarecer o echar más leña a la hoguera, pero convencida de que es mejor poner algunos puntos sobre las íes que callar, me ha parecido necesario plantear alguna información básica, aún a riesgo de sintetizar y simplificar, sobre el problema de la búsqueda histórica de una alternativa a la desigualdad, la explotación y la exclusión. Por eso voy a referirme a las ideas del socialismo.

1. ¿Qué socialismo?

Hace dos siglos se dio por llamar socialistas a quienes pensaban que la sociedad podía ser reformada y cuya propuesta era la organización de “comunidades ejemplares” que sirvieran de referencia para el cambio. Este socialismo anterior a don Carlos Marx era apolítico y no tenía afanes revolucionarios. Marx y Engels los tacharon de “utópicos” y para distinguirse de ellos se autoproclamaron “comunistas”, puesto que planteaban un vínculo entre la transformación social y la acción política organizada por activistas y trabajadores. Marx sostuvo una idea de asalto al poder político de corte insurreccional, al menos hasta 1848 tal y como aparece en el Manifiesto Comunista, inclinándose por la “dictadura del proletariado” para hacer el tránsito hacia la extinción del Estado y establecer el comunismo, imaginado como sociedad de hombres libres y de la abundancia.

Las concepciones de Marx fueron cuestionadas tanto por anarquistas (Proudhon, Bakunin) - que tenían una inspiración anti-autoritaria y que creían que la sociedad debía ser organizada sin autoridad del Estado- y socialistas que propugnaban por una reforma democrática del Estado, con la exigencia del sufragio universal, reforma laboral y mayor equidad en el poder político, social y económico, dando origen a la socialdemocracia. Tras la muerte de Marx (1883) se dieron intentos de “revisar” los contenidos políticos de su obra en un sentido reformista y por otro lado, de “fijar” el marxismo como una doctrina. Quedó servido el campo entonces para la confrontación entre “revisionistas” (Bernstein) y “ortodoxos” (Kautsky), principalmente sobre los *medios* para alcanzar el socialismo, aunque no sobre sus *finés*.

Sin embargo, ya para 1871 Marx había aceptado la participación del movimiento obrero en las actividades del estado burgués, ante la ausencia de posibilidades de la revolución. Para Marx, las condiciones de una revolución socialista se daban en los países capitalistas que habían alcanzado un buen grado de desarrollo de las fuerzas productivas y donde la clase obrera era grande en número, conciencia y organización.

Pero como dirían en Nicaragua, aquella era una discusión de “cheles” europeos y para comienzos del siglo pasado, llegó Lenin a enmendarles definitivamente la cartilla: afirmó que la revolución era posible en países atrasados como Rusia –país agrario, sin burguesía sólida y con minoritaria clase obrera- y asumió la idea de Marx de la “dictadura del proletariado” y apostó por la vía violenta para conseguirla. Pero como no había proletarios se le ocurrió organizar un partido de revolucionarios profesionales, la “vanguardia”, que coordinara y dirigiera el conjunto de trabajadores y alianzas indispensables para lograrlo. Así, la revolución bolchevique (1917) desalojó al régimen zarista (en el contexto de la I

Guerra Mundial) y se hizo con el poder, sin mayor elaboración sobre el socialismo que se proponían construir. La temprana incapacidad de Lenin por un derrame cerebral, abrió la oportunidad para que Stalin tomara el control total del poder tras su muerte (1924) y encima elaborara su particular versión del marxismo, un sistema dogmático y pseudocientífico, el llamado marxismo-leninismo, como ideología oficial al servicio de la dominación de Stalin. Los resultados de ese proceso están ampliamente documentados y el sistema conocido como URSS fracasó y se desintegró en 1991. La socialdemocracia se desarrolló y sobrevive en diversas variantes, pero su referencia más exitosa es el llamado modelo escandinavo.

2. Marx escribió una crítica, no una teoría

La obra de Marx se centra en la crítica del capitalismo y no hay en ella un pensamiento político en sentido positivo. La política aparece como expresión de las relaciones económicas, puesto que para él la historia de todas las sociedades es “la historia de la lucha de clases”. En esta lucha la política es sólo una expresión distorsionada de la misma. Tampoco elaboró sobre el socialismo, puesto que como señalan diversos autores, es una noción obtenida por contraste y pendiente por ello de construcción teórica tanto en el plano institucional (económico y político) como en el ético-normativo. Como señala Andrés de Francisco en El marxismo y la utopía socialista, “Ni Marx ni las “ortodoxias” que le sucedieron dedicaron la atención debida a cuestiones de la máxima importancia tales como la *posibilidad*, la *deseabilidad* o la *factibilidad* del socialismo. En otras palabras, no hay en la tradición marxista una *teoría del socialismo* mínimamente desarrollada. Y junto a este vacío teórico, la enorme paradoja histórica: en nombre del socialismo marxista (“científico”) se transformó la geografía política del siglo XX, y millones de personas en todo el planeta vieron sus vidas alteradas, y tantas veces rotas, por él. Este gigantesco experimento social –la construcción del socialismo- degeneró, como hoy ya nadie ignora, en la tiranía de un partido macrocefálico, en la corrupción burocrática y en la esclerosis económica”.

De Francisco señala que la condena que Marx lanza al capitalismo se basa en tres pilares: ineficiencia, alienación y explotación, que son a la vez las tres grandes coordenadas que estructuran su noción de socialismo. En este sentido este sería (o debería ser) superior al capitalismo en los tres aspectos mencionados. Dicho mínimamente, el socialismo sería un modo de producción más eficiente, menos alienante y menos explotador que el capitalismo. Pero hasta la fecha los experimentos han resultado desastrosos.

Pero por otro lado, ya vimos que políticamente la propuesta de la dictadura del proletariado, descarta un Estado democrático de derecho. En la tradición “socialista” que ha prevalecido se elimina el parlamentarismo y la representación, al eliminar la mediación de los partidos políticos. En su lugar, se opone algún tipo de “democracia directa” o consejos del poder popular, donde los enemigos de clase carecen de derechos políticos. Ejemplos de lo que en la práctica eso significa abundan en Nicaragua, Cuba y Venezuela, para hablar solo de los regímenes cercanos y existentes.

3. El socialismo “banana”

Sin demeritar para nada los esfuerzos, sacrificios y energías invertidas por nuestras sociedades, para librarse de sangrientas dictaduras que han asolado nuestra historia, hay que recordar que la implantación revolucionaria del socialismo (aquí como en otras partes) no sólo tenía el débil apoyo teórico señalado, sino que desde el principio estuvo marcada por el aventurerismo político. Con raras y honrosas excepciones, los portadores de la propuesta y las guerrillas triunfantes, chuparon el marxismo-leninismo fabricado y expurgado por Stalin y difundido desde La Habana. Toda la legítima explosión revolucionaria del pueblo contra la injusticia, la opresión y los privilegios de las clases dominantes, fue conducida y atrapada por líderes y grupos que no tenían sólidas referencias políticas, ni experiencia, práctica o aprecio por la democracia y sus valores, contando solo con una difusa propuesta socialista que llevaba en su seno la marca de Caín para “el día después” de la revolución: la dictadura. Y en ausencia del famoso proletariado, partidos como el FSLN o el Partido Comunista Cubano, se convirtieron en perennes albaceas o tutores de pueblos que nunca alcanzan la mayoría de edad para ser ciudadanos y seres libres. Con tan pobre bagaje intelectual y con una cultura política autoritaria, estaba en chino que produjeran otra cosa. Y es bajo estas creencias y prácticas, que la utopía socialista ha seguido teniendo simpatizantes dentro de una peor definida identidad de “izquierda” que en buena parte actúa desde la fe, en lugar de utilizar la crítica, el raciocinio y la constatación de los hechos y más grave aún, ha terminado por confundir ser revolucionario con ser violento, donde la democracia no tiene ningún valor, pues es “cosa de ricos” o intelectuales.

Ante la bancarrota ideológica, política y moral del socialismo del siglo pasado, los autoritarios de siempre intentaron reinventarse con ese extremo de decadencia llamado “socialismo del siglo XXI”, utilizando el procedimiento demócrata-liberal de la representación política, las elecciones y el parlamentarismo, repudiado en el pasado por “burgués”. Mismo por el cual le hicieron la vida de cuadritos a “revisionistas” y socialdemócratas en el siglo anterior. Hoy -ante la imposibilidad y la ausencia de condiciones para la revolución y la lucha armada- ya no se plantean el dilema de “reforma o revolución”, sino que optan por participar en procesos electorales para llegar al poder por la vía pacífica y una vez alcanzado, “reformular” constituciones y reglas del juego democráticas, a fin de hacer el cambio de régimen político a una dictadura y eternizarse en el poder. La Nicaragua del orteguismo y la Venezuela chavista, son ejemplos de ello, así como otros países del Alba (Bolivia, Ecuador) que están en ese camino.

Es en esta lógica que se ha conformado lo que hemos dado en llamar el “socialismo banana”: la antigua utopía socialista se ha convertido en la distopía perversa que pregona con lenguaje orwelliano la Gran Hermana y que entroniza por medios corruptos la dictadura personal de Daniel Ortega, ya no en nombre del inexistente y finiquitado proletariado que decía Carlos Marx, sino del igualmente inexistente “pueblo-presidente”. A diferencia del capitalismo de Estado interventor de Maduro en Venezuela, el modelo de “socialismo” de Ortega es un capitalismo corporativista puro y duro, con la particularidad que está creando su propio grupo empresarial privado. En fin, como será la penuria de pensamiento y de ética que nos azota que una universidad nacional en Argentina le otorgó a Ortega el título de Doctor Honoris Causa.

4. La utopía realizable y la democracia sostenible

Creo que el meollo de la tragedia de nuestro país (y si me apuran, para el resto de países de la región) es que tanto las izquierdas como las derechas, han sido autoritarias y premodernas y por eso no tiene sentido siquiera hacer tales distinciones. Es decir, que nunca asimilaron las concepciones filosóficas de base del liberalismo que como sostiene John Gray, es la teoría política de la Modernidad. Las bases del pensamiento liberal han sido: la prioridad de la libertad sobre la autoridad, la secularización de la política y la promoción de constituciones y principios de derecho que establezcan los límites del gobierno y determinen los derechos de los ciudadanos frente a éste. En nuestra historia ni la izquierda ni la derecha han sido de “mentalidad” liberal, sino señores feudales incapaces para pensar mínimamente en ser portadores de una propuesta democrática, mucho menos en una que sea sostenible e incluyente. Hoy que vemos con sana envidia como en países vecinos tienen al menos una democracia de electores mientras nosotros nos precipitamos en el abismo de una nueva dictadura, es imperativo definir y apostar por una utopía deseable y posible: el restablecimiento de una democracia electoral y un estado de derecho para poder sentar las bases de una democracia de ciudadanos. Es decir, una forma de organización del poder que tiene como objetivo ampliar la ciudadanía y garantizar los derechos civiles, políticos y sociales de la gente. Ese es el proyecto al que nos deberíamos abocar todos para superar tanto anacronismo y desastre, plasmados en los autoritarismos (sean o no neoliberales) de “izquierda” o “derecha”.